

## TEMA 7: EL ORIENTE ROMANO

### Las fuentes

La riqueza y la variedad de información que tenemos sobre las provincias orientales es muy alta. No sólo hay una gran cantidad de obras y documentos de esta época en griego sino también en otras lenguas, como el siríaco, hebreo o arameo. Por ejemplo, se conservan las sentencias de generaciones de rabinos recopiladas principalmente en la Mishná y en el Talmud, que nos permiten conocer el ambiente social y religioso de los judíos bajo el Imperio Romano. Además tenemos miles de inscripciones y documentos en lengua aramea, así como en sus ramas siríaca y palmirena; también los hay en nabateo, forma antigua del árabe, escrita en alfabeto arameo.

Aunque menos abundantes, a diferencia de lo que ocurre en Egipto, parte de estos documentos se conservan sobre papiros. Podemos hablar de dos grupos principales. De un lado, los procedentes de *Dura-Europos*, a orillas del Eúfrates, que ha dado una colección interesantísima para conocer la historia de la ciudad y, sobre todo, para cuestiones de derecho y economía antiguas, a lo que hay que añadir una sección de papiros latinos relativos a la *cohors vicesima Palmyrenorum* que guarnecía la ciudad. Un segundo grupo lo integran los papiros y pergaminos palestinienses. La colección apareció en 1947 en la Cueva de Qumram, cercana al Mar Muerto. Contienen, de una parte, textos bíblicos y religiosos, en hebreo, arameo y griego, pertenecientes a una comunidad religiosa judía, los esenios, que tuvo que abandonar el lugar cuando la derrota del 70 d.C. Después se descubrieron otros documentos pertenecientes a gentes que vivieron hasta la segunda rebelión judía de 132-135; son textos familiares, escritos en nabateo, arameo y griego, que comprenden contratos de venta y donación, de matrimonio e, incluso, referencias históricas, como la que menciona el censo realizado en Arabia el 127 d.C. por el gobernador Sexto Florentino. Se han producido también hallazgos documentales en los *uadis* situados al oeste del Mar Muerto, en los campamentos romanos de los promontorios que los dominan y en las cuevas de los grandes barrancos donde se encontraron los esqueletos de los defensores de la segunda revuelta judía bajo Adriano. Aquí aparecieron textos reseñando sus propiedades, pasajes bíblicos, documentos anteriores a la guerra y otros de especial interés, redactados durante el conflicto, y escritos en griego, arameo y hebreo. Algunos contienen órdenes de Bar Koshiba: castigos, confiscaciones de trigo, envíos de provisiones. Quizá tengan más importancia todavía las escrituras de arrendamiento, escritas en hebreo y en arameo, fechadas en los años de la sublevación y que revelan que en la zona rebelde existía un sistema administrativo. Aún no está publicada la totalidad de estos documentos.

Una buena introducción al mundo oriental nos la facilitan los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles. En los Evangelios vemos la vida de los habitantes judíos en las aldeas y las pequeñas ciudades de Galilea, bajo la tetarquía de Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande. Se nos habla de los soldados del reino cliente y de sus títulos romanos de centurión o *speculator* o cómo el rey distraía a sus invitados a cenar. Además de Galilea, Cristo atraviesa territorio de las ciudades costeras griegas, de Tiro o de Sidón, y de la Decápolis, pero no penetra en las ciudades mismas. Para las grandes fiestas marchan de Galilea a Jerusalén, donde dominan los Sumos Sacerdotes y el Sanhedrín bajo la vigilancia del procurador y de sus tropas.

Los textos de los historiadores clásicos también son de especial valor. Destaca ante todo

Flavio Josefo, nuestra primera fuente para los acontecimientos de los judíos, que fue hecho prisionero el 67 y, a partir de entonces, llevó en Roma la vida de un favorito del emperador, escribiendo una *Guerra de los judíos*, traducida del arameo al griego, a fines de la década del 70, y que concluyó en el 93 con una segunda parte titulada las *Antigüedades judaicas*. Tampoco, por sus valiosas informaciones comerciales, debe pasarse por alto el llamado *Periplo del Mar Eritreo* (*Periplus Maris Erythraei*). Como es lógico ocupan siempre una posición preeminente en nuestras fuentes los autores clásicos, en especial Plinio, Ptolomeo o Estrabón. Para los acontecimientos políticos especialmente Tácito y Dión Casio, muy preocupados por los asuntos con el Imperio Parto y el Sasánida. Además, contamos con relatos parciales de enorme interés. Así Libanio y San Juan Crisóstomo, el emperador Juliano (*Misopogon*) y más tarde Malalas, nos han legado valiosas descripciones de la vida de Antioquía.

Además se conservan importantes restos arquitectónicos de ciudades de la zona como Baalbek, Cesarea, Gerasa, Tiro, Filadelfia, Bostra, Apamea, Palmira o Petra, aunque en general están casi sin explorar. Por ejemplo, entre las dos guerras mundiales se excavó Dura-Europos, junto al Eufrates, lo que reveló sus tesoros literarios además de sus templos, la sinagoga y una iglesia cristiana. La arqueología también nos ha deparado durante todo el siglo XX nuevas sorpresas. Así, por ejemplo, las excavaciones de la fortaleza de Masada, donde los últimos supervivientes de la rebelión hebrea se suicidaron en el 73, han revelado documentos y textos bíblicos y la más antigua sinagoga conocida, o las del “monasterio” y las cuevas de Qumram y del Mar Muerto, con los mencionados manuscritos, y los objetos (ropas, cestos, utensilios, cerámica) abandonados por los participantes en la última guerra de los judíos (132-135). Por otra parte, desde 1925, las observaciones aéreas del padre Poidebard en Siria permitieron descubrir el *limes* romano oriental, con sus redes de carreteras, sus fosos (*fossatum*) y sus castillos (*castella*), lo que constituye un testimonio de primer orden para conocer el dispositivo defensivo romano.

### **El país y sus gentes**

Ni geográfica ni humanamente el Oriente romano formaba una unidad. Las fronteras orientales del Imperio se trazaron en circunstancias políticas y éstas habían primado sobre las condiciones geográficas. Al transformarse en definitivas hubo que adaptarlas, lo que no siempre resultó fácil, dadas las condiciones territoriales. El Oriente romano tenía dos sectores. El septentrional, integrado por la zona montañosa del extremo de Asia Menor, estaba formado por las agrestes elevaciones del Tauro, del Antitauro y de los montes de Armenia. El trazado de la frontera quedaba finalmente delimitado por el curso alto del Eúfrates. De aquí hasta el Mar Rojo, separada de la zona desértica interior, se encontraba el sector meridional. Comprendía la parte costera del levante mediterráneo, controlada en su totalidad por Roma, y formada por una estrecha banda litoral enmarcada por los montes del Líbano y las colinas de Judea, Samaria y Galilea. Zona de pocos abrigos naturales, que obligan por tanto, a que los puertos se situaran en islotes costeros o en construcciones artificiales. La comunicación con el interior se hacía aquí difícil. Detrás de estas montañas litorales se abre desde el norte una depresión que enlaza la llanura de Antioquía, a través de los valles del Orontes y del Jordán, con el Golfo de Ácaba. La zona presenta una enorme diferencia climática, con un norte lluvioso y bien irrigado, y un sur seco y desértico. Detrás, finalmente, en el interior de Siria y en la Transjordania, dominan las montañas, las mesetas y las llanuras, que hacia el sur van dando paso a zonas cada vez más esteparias que acaban transformándose en desierto.

Humanamente resalta, aún más si cabe, esta falta de unidad. El norte mantenía su substrato arcaico de origen hitita, que mezclado con todo tipo de aportaciones, formaba la base étnica de capadocios, comagenios y armenios. En el sector meridional la base poblacional era semita, pero con grandes diferencias. Al norte, en Siria, predominaban los cananeos, los amoritas y los arameos. Al sur los fenicios y los judíos. Por el contrario, en las zonas interiores de Siria y en los desiertos meridionales, dominaban los árabes (safaitas y nabateos). No obstante, desde antiguo se fue imponiendo en toda esta zona una cierta unidad lingüística, que tomó como base el arameo. La helenización, a diferencia de lo que ocurrió en Asia Menor, fue aquí mucho menor en las zonas rurales, aunque importante en las ciudades. Las fundaciones seleúcidas de la costa siria y las ciudades fenicias adoptaron el griego, más que por presencia masiva de colonos por necesidades políticas y económicas. Pero también había un importante número de gentes provenientes de Persia o de Arabia. Finalmente, hay que añadir los occidentales, llegados sobre todo con la conquista romana. Fundamentalmente eran veteranos del ejército, sobre todo tracios, germanos o galos.

### **Conquista y organización del territorio**

La presencia romana en Oriente arranca de la guerra contra Mitrídates. Pompeyo, designado por la *rogatio Manilia* (66 a.C.) general en jefe en la campaña contra el Ponto, recibió un poderosísimo ejército y amplios poderes políticos. Tras la conquista de este reino Pompeyo se dirigió contra Armenia. El país, cuyo monarca, Tigranes, era yerno de Mitrídates, se había engrandecido extraordinariamente, llegando en el 83 a.C. a anexionar Fenicia, Siria y Cilicia. Las campañas de Lúculo en el 72 a.C. habían arrebatado a los armenios estos territorios y repuesto al seleúcida Antíoco. Pero con la llegada de Pompeyo la situación cambió. Éste obligó a Tigranes a entrar en vasallaje con Roma al tiempo que deponía al seleúcida y creaba la provincia romana de Siria. Mas ahora Pompeyo tenía que prestar atención a la frontera meridional de la nueva provincia donde se hallaba el estado judío, en el que tras la muerte de su rey, el asmoneo Alejandro Janeo (76 a.C.), reinaba el enfrentamiento entre dos de sus hijos, Hircano y Aristóbulo. Pompeyo decidió finalmente apoyar al primero, pero declaró abolida la monarquía, transformando el territorio en un etnarcado tributario. Los éxitos orientales de Pompeyo, sin embargo, iban a quedar empañados años después por un grave revés. Su presencia había creado tensiones con el Imperio Parto, especialmente por la cuestión de Armenia, región sobre la que los partos tenían intereses estratégicos. Craso, el tercer Triunviro, con competencias también sobre las provincias de Oriente, dispuesto a no dejarse eclipsar por la fama de César y Pompeyo, perjeñó un plan para conquistar Partia. En 53 a.C. cruzó en Eúfrates con un poderoso ejército, pero fue derrotado y muerto en *Carrae*. La humillación romana marcó toda la política oriental de aquí en adelante. No obstante, durante casi un decenio la situación no se modificó, empeñada como estaba Roma en conflictos internos.

Pero lo cierto es que la situación estaba próxima a cambiar. César fue asesinado en el momento en que estaba preparando una gigantesca expedición para invadir a los partos (44 a.C.). Por consiguiente, la resolución de la cuestión oriental hubo de retrasarse de nuevo hasta el 41 a.C., cuando superada la guerra civil, Antonio, en su calidad de Triunviro con autoridad sobre toda la zona, se reunió en Tarso (Cilicia) con Cleopatra (41 a.C.). Egipto se iba a transformar desde entonces progresivamente en el eje de su política, especialmente cuando un año después un ejército parto, con apoyo de exiliados pompeyanos, atacó Siria, obligando a la necesaria respuesta romana. Antonio envió a su legado Ventidio Basso, quien en dos campañas expulsó a los invasores (39-38 a.C.). De

todas formas para el ambicioso Triunviro era necesario un triunfo definitivo sobre los partos que permitiera cerrar la situación de provisionalidad de las fronteras del este y, al mismo tiempo, alcanzar la gloria de Alejandro y Pompeyo en esos mismos escenarios. La campaña se inició en el 36 a.C. y terminó con un rotundo fracaso para Antonio. Por consiguiente, éste tuvo que organizar el Oriente romano bajo las premisas de una aceptación fronteriza con Partia que se vislumbraba más larga de lo esperado. Así, en el 34 a.C. conquistó y declaró provincia a Armenia, entregándola a uno de sus hijos habidos con Cleopatra, Alejandro Helios; sus otros dos hijos también asumieron territorios, pues Ptolomeo recibió Fenicia y Cilicia y Cleopatra Selene la Cirenaica. Egipto, engrandecida asimismo, fue el eje de esta política que no pretendía privar a Roma de estas posesiones, sino que buscaba limitar la provincialización en beneficio del control a través de reinos vasallos. Como es natural esta política no fue comprendida en Roma y se presentó por Octavio como una vía para la creación de un imperio oriental para Egipto, con Cleopatra y Antonio como reyes.

La victoria de Octavio en el 31 a.C. desmoronó toda esta arquitectura y dio paso a una fórmula de dominio más próxima al modelo pompeyano, esto es, basada en la combinación de provincias y reinos vasallos. El único ejemplo de intervención directa se produjo sobre Galatia El país tenía una monarquía tribal que se había aliado con Roma desde el rey Deioratus (86-48 a.C.). La situación se mantuvo con sus sucesores, Deioratus II (48-30 a.C.) y Amyntas (30-25 a.C.). El asesinato de este último en una emboscada inclinó a Augusto a convertir a Galatia en provincia de Roma, bajo el mando de un legado pretoriano, con residencia en Ancira.

Pero la intervención directa se aplazó hasta el 22 a.C., cuando un conflicto dinástico parto entre Fraates IV y Tirídates involucró a Armenia, en donde el rey parto Artaxes tuvo que enfrentarse a Tigranes. Augusto apoyó a éste último y a Tirídates, personándose en la zona. Tiberio, el hijastro del emperador, fue enviado contra Armenia. La muerte de Artaxes lo transformó en reino vasallo de Roma con Tigranes en el trono. Fraates tuvo que negociar ante el peligro de una invasión romana. Reconoció lo acontecido en Armenia y devolvió las insignias arrebatadas al ejército de Craso. Augusto pudo acuñar orgullosas monedas—con expresiones como *signis receptis* y *Armenia capta*— conmemorando estos hechos. Pero el tiempo demostró que la solución estaba lejos de ser definitiva. A la muerte de Tigranes volvió la inestabilidad en la región armenia y aunque el 1 d.C. el nieto del emperador, Cayo César, se entrevistó con el nuevo rey parto, Fraates V, no se obtuvo un resultado concluyente. Con el paso de los años el escenario armenio se volvió cada vez más peligroso por su permanente tendencia a sustrarse de la influencia romana.

Mejores perspectivas presentaba la zona meridional. El reino judío de Herodes el Grande (37-4 d.C.) era un factor de estabilidad que Augusto trató con suma prudencia. No obstante, la muerte de Herodes provocó la división del reino: Filipo (4 a.C.- 34 d.C.) recibió la Iturea y Traconítide, al norte y al este del mar de Galilea; Herodes Antipas (4 a.C.- 39 d.C.) Galilea y Perea; y Arquelao, Judea, Samaria e Idumea. Pero la incapacidad de éste último para mantener el equilibrio entre las corrientes religiosas obligó a Augusto a deponerlo. En efecto, el 6 d.C. Judea se convertía en provincia procuratorial romana dependiente de Siria, con capital en *Caesarea*. Para evitar conflictos Augusto trató con mucho respeto a los judíos reconociéndoles, entre otros privilegios, la libertad de su culto, la no prestación del servicio militar o las acuñaciones monetarias sin la figura del emperador.

En el extremo meridional Augusto actuó con mayor agresividad. Elio Galo, prefecto de Egipto recibió la orden de realizar una expedición contra el reino de los sabeos, en el actual Yemen (25-24 a.C.), repetida años después (1 a.C.) por Cayo César. Ninguna obtuvo un éxito completo, pero al menos este pueblo aceptó la *amicitia* romana y así las rutas hacia la India quedaron abiertas, que entre otras cosas conocemos por la existencia de un *templum Augusti* en Malabar y por la llegada de embajadores hindúes a la corte romana.

Los sucesores de Augusto heredaron, pues, una panorama complejo. Tiberio, junto a los problemas de los reinos vasallos de Asia Menor, tuvo que afrontar en dos ocasiones la mal cerrada cuestión armenia, amenazada una vez más por los partos. En la primera ocasión, Tiberio envió al príncipe Germánico con poderes especiales (*imperium proconsulare maius*), quien logró establecer en el país a un rey afín, Artaxías III (16 d.C.). De nuevo, en el año 34 d.C., tuvo que actuar cuando, a la muerte del rey armenio, el monarca parto Artabán III efectuó una invasión. El legado de Siria, L. Vitelio contrató en el Éufrates y Tiberio pudo imponer al rey parto su candidato, Mitrídates, a cambio de la paz (37 d.C.). El paso más importante, no obstante, en la política oriental de Tiberio fue la provincialización de Capadocia. Se trataba de un reino aliado de Roma. En el año 15 d.C. Arquelao de Capadocia acudió a Roma para responder ante Tiberio de una serie de acusaciones cuyo contenido desconocemos. Su muerte determinó que el 17 d.C. se decretara la provincialización. La capital se situó en Cesarea, donde residiría el gobernador de rango ecuestre. Aunque también se anexionó el reino de Comagene, su sucesor, Calígula, le devolvió la independencia.

La política oriental del emperador Calígula se centró en Judea. A la muerte de Filipo le había sucedido Herodes Agripa I (34 d.C.). El emperador aprovechó las desavenencias con Antipas para desterrarlo y entregar su reino a aquél (37 d.C.). El paso siguiente lo dio el emperador Claudio al engrandecer el reino de Agripa anexionándole la procuratura de Judea (41 d.C.). Israel volvió a quedar unificada bajo una misma monarquía como en tiempos de Herodes el Grande. Pero esta situación duró poco. El sospechoso comportamiento del rey judío, especialmente por la fortificación de Jerusalén y la convocatoria de una conferencia de los reinos orientales, hizo que Claudio aprovechara su muerte (44 d.C.) y redujera de nuevo Judea a provincia procuratorial, aunque dejó que su hijo, Herodes Agripa II (44-100 d.C.), reinara sobre el norte del país.

Con Nerón volvió a quedar una vez más sobre el tapete la evanescencia de los asuntos armenios. El nuevo rey parto, Vologeses, proclamó monarca de Armenia a su hermano Tirídates (57 d.C.). Roma tenía que intervenir si no quería que su influencia en la región se resintiera. Nerón declaró la guerra. La campaña tuvo unos inicios prometedores, pues Domicio Corbulón, el prestigioso general designado para llevarla a cabo, consiguió sin contratiempos ocupar Armenia (58 d.C.). Pero Cesonio Peto, dejado para asegurar el país, se vio aparatosamente derrotado por Vologeses en *Randeia* (62 d.C.). Al año siguiente, reemprendidas las acciones militares por Corbulón, se formalizó un acuerdo, precisamente en la misma localidad donde había sido derrotado el ejército romano el año anterior, entre el Imperio Romano y el Parto por el cual Tirídates podía seguir como rey de Armenia, pero entronizado por Nerón, lo que equivalía a reconocer su condición de reino vasallo (66 d.C.). La estabilidad regresó a la zona. Poco después, en el 72 d.C., la Armenia Menor fue anexionada por Roma mientras Nerón barajaba la extensión de sus fronteras hacia el Mar Negro y los pueblos del Cáucaso, aunque nunca llegaron a emprenderse acciones de consistencia.



Pero si los asuntos armenios parecían haber entrado en vías de resolución, la situación con los judíos tomaba un mal cariz. La pésima gestión administrativa había creado la irritación de la población, agravada por los conflictos cada vez mayores tanto entre judíos, griegos y samaritanos, como entre la masa de la población judía y la camarilla aristocrática de los Sumos Sacerdotes, que colaboraban con Roma. El país vivía un clima explosivo sacudido además por la aparición de varios profetas populares que sembraban el irredentismo entre la población. Finalmente, en el 66, Judea se rebeló violentamente tras la negativa a efectuar en el Templo más sacrificios por el emperador. Nerón envió al general Vespasiano en el 67 para someterlo, cosa que éste logró al año siguiente, a excepción de Jerusalén. Este último, candidato al imperio tras la muerte de Nerón, partió hacia Roma el 68, dejando a su hijo Tito la misión de reducir la ciudad. El nuevo príncipe empleó cuatro legiones en la batalla final. En el 70 caía Jerusalén, el templo era destruido y su tesoro llevado a Roma como botín, mientras miles de judíos perecían o eran cautivados. El último reducto de la rebelión quedó aplastado con la conquista de la fortaleza de *Masada* en el 73. Su resistencia nada pudo ante la tecnología romana y los ocho campamentos que la sitiaron. Aprovechando el conflicto el reino independiente de Comagene fue suprimido y el territorio anexionado a Siria.

### **Provincialización y defensa del territorio**

Así pues, con la llegada de los Flavios el control romano de Oriente quedaba irremediablemente consolidado. Roma fijó un sistema de defensa fronteriza que, con cambios de detalle, iba a durar siglos. En el sector norte, el reino vasallo armenio, cumplía el papel de estado tampón, protector de la Capadocia oriental. Para vigilar la raya de Armenia, se situaron dos legiones, la *XV Apolinaris* en Satala y la *XII Fulminata* en Melitene. Al sur la provincia imperial de Siria concentraba importantes fuerzas pues era la más expuesta pues el Eúfrates formaba un peligroso entrante. Allí se situaron la *XVI Flavia* en Samosata, la *IV Scythica* y la *X Fretensis*. Aguas abajo del río el dispositivo se cerraba con la *III Gallica* en Sura, con la misión de vigilar la frontera del desierto. En la zona meridional, en Palestina, se acuarteló la *VI Ferrata*, y en la provincia de *Arabia*, cuando años después fue conquistada por Trajano, la *III Cyrenaica*, estacionada en Bostra. Las fuerzas militares se completaban con dos flotas, la *classis syriaca* con base en Seleucia, y una *classis pontica* en Trapezos (Mar Negro).

Para asegurar la vital movilidad del ejército se construyó una red de grandes calzadas que se apoyó sobre viejas rutas. Las dos arterias principales provenían de Asia Menor: una de *Caesarea* de Comagene y la otra de *Tarsus* en Cilicia. La primera desembocaba en *Melitene*, en la frontera del Eúfrates; la segunda en Antioquía. Existía también una ruta transversal que corría paralela a la frontera y que arrancaba de *Trapezos* (con la posibilidad de desviarse hacia la capital de Armenia, *Artaxata*) y después de atravesar *Melitene* llegaba hasta *Zeugma*. Posteriormente bordeaba el Eúfrates y se dirigía hasta *Palmira*, a partir de la cual buscaba la ruta que recorría Siria de norte a sur, uniendo Antioquía con Apamea, Emesa, Heliópolis, Damasco, Bostra, Gerasa, Jerusalén y Petra; o bien conectando con la costa fenicia y palestina en la ruta que enlazaba Pelusium (Egipto) con Seleucia por Laodicea, Berytos, Sidón, Tiro, Caesarea y Gaza. La conexión principal con el Imperio Parto se hacía bien a través de Palmira y de Sura por el Eúfrates hasta Dura Europos, para proseguir hasta Ctesiphonte, bien por Zeugma y Mithlene para llegar a Edesa y Nisibe, para cruzar después el Tigris, desde donde se podía llegar a la baja Mesopotamia o entrar en el corazón de Persia por Ecbatana.

## Las guerras de los siglos II y III

Aunque las conquistas nunca se consolidaron más allá de estos límites, la mentalidad romana de proseguir la expansión hacia Mesopotamia fue siempre un referente de su política exterior, supeditada a ideas alejandrinas, que Augusto se vio obligado a posponer, pero a las que nunca renunció ni él ni sus sucesores. Trajano recuperó esta idea de la expansión hacia el este, que perseguía además acabar con la defensa mediante reinos vasallos y sustituirla por el control directo, lo que iba a permitir dominar sin intermediarios las ricas rutas comerciales. La intervención se llevó a cabo en dos fases. Entre el 105-106 el legado de Siria, Cornelio Palma invadió la Arabia nabatea. El emperador la transformó en provincia imperial bajo un *legatus Augusti pro praetore*, con capital en *Bostra*, encomendando a la *VI Ferrata* su defensa mientras se construía una calzada entre Damasco y el golfo de Ácaba. Pero la acción más grandiosa se llevó a efecto a partir del 113. Como ya era tradicional, el detonante estuvo en Armenia, donde se había entronizado a un sobrino del rey parto Cosroes sin el consentimiento romano. Trajano aprovechó la ocasión para ocupar la región y la transformarla en provincia. Al año siguiente el emperador atacó la alta Mesopotamia al frente de once legiones, dentro de un vasto plan de invasión del Imperio Parto. Tras apoderarse de la zona en el 114 se produjo un importante contrataque parto. Pero en el 116 Trajano estuvo de nuevo en condiciones de avanzar sobre Ctesifonte y entronizar allí a un rey parto amigo, Parthamaspates, quien reconoció la conquista romana de la alta Mesopotamia. Pero el emperador hubo de retirarse precipitadamente ante las revueltas de los judíos en Cirenaica, Chipre, Mesopotamia y Egipto, muriendo al poco, en agosto del 117, en *Selinus* (Cilicia).

Con Adriano, a la sazón gobernador en Siria, se renunció a las últimas conquistas de Trajano, seguramente persuadido de la dificultad de mantenerlas. Pero los problemas orientales no desaparecieron por ello. En el 132, cuando visitaba Palestina, el emperador decidió la fundación de una ciudad romana sobre la abandonada Jerusalén, la *Colonia Aelia Capitolina*, cuyo símbolo más importante había de ser un templo a Júpiter en lugar del antiguo santuario. Esta decisión, unida a alguna otra medida antijudía, como la prohibición de la circuncisión, produjo una última gran rebelión, encabezada por Eleazar, el Sumo Sacerdote, y Simón bar Kosheba (o bar Kochba), visto por muchos de sus seguidores como un Mesías, ambos de la secta esenia. Las fuentes clásicas y los inscripciones nos informan de que la guerra duró unos cuatro años (132-134) y de que en ella participaron, además de la X, cuatro legiones venidas del exterior. Aunque una fue aniquilada, el general Julio Severo, al que se hizo venir desde Britania, mediante una guerra de desgaste sometió el país, pero al precio de una devastación considerable. Los judíos fueron expulsados de los alrededores de Jerusalén y para mejor vigilar el territorio se instalaron en el mismo dos legiones y se creó una nueva provincia uniendo Palestina con Siria. Adriano aumentó, como medida de castigo, los impuestos, que pasaron a ser los más elevados de todas las provincias.

Durante el gobierno de Marco Aurelio, en el 162, estalló una nueva guerra contra los partos. Su rey Vologeso III había invadido Armenia, atacado Siria y amenazado Antioquía. El contrataque romano, bajo el mando oficial de Lucio Vero, pero en realidad obra del prestigioso general Avidio Casio, llegó hasta Seleucia y Ctesifonte. Cuando en el 166 se firmó la paz la situación cambió poco: Armenia siguió como protectorado y se dejaron guarniciones en Osroene y Palmira. La repercusión más importante de este conflicto estuvo, sin embargo, en la política interior romana. En

efecto, Avidio Casio, a la sazón gobernador en Siria, se levantó en armas en el 175 reclamando el trono imperial. Consiguió que lo reconocieran en parte de Oriente, pero al cabo de tres meses le dieron muerte sus propios soldados, salvando a Marco Aurelio de una situación asaz peligrosa.

No tardó mucho en volver a manifestarse el peso militar de toda la zona oriental. En el 193, el gobernador de Siria, Pescenio Nigro, reclamó el imperio tras el asesinato de Pertinax en Roma a manos de los pretorianos. Las fuerzas de su oponente, Septimo Severo, lograron la victoria decisiva en Issos (Cilicia) en el 194. Eliminado Nigro, Septimio Severo lanzó la primera de sus campañas en el este, entre el 194 y 195, para restaurar el poder romano en la Alta Mesopotamia (*Osrhoene* y *Adiabene*), éxito que le valió al emperador la salutación como *Adiabenicus* y *Arabicus*. La segunda expedición, más importante, se llevó a cabo entre el 197-198. El asedio parto de *Nisibis* provocó la reacción romana. La campaña permitió la entrada sin lucha en Seleucia y Babilonia, a la que siguió la conquista de *Ctesifonte*. Pero el control de toda Mesopotamia no se mantuvo, quizás porque la ciudad caravanera de *Hatra*, a occidente del Tigris, no pudo ser tomada. Sea como fuere, Septimio Severo, investido por el Senado con el título de *Parthicus Maximus*, creó en la zona septentrional las provincias de Mesopotamia y Osroene, aunque en el territorio de *Edesa* parece, sin embargo, que la dinastía cliente siguió aún reinando durante algún tiempo. Las ciudades de *Nisibis* y, posiblemente algo más tarde, *Singara* pasaron a ser colonias romanas y en ellas instalaron sus cuarteles dos legiones.

La política agresiva contra el Imperio Parto se mantuvo con el hijo y sucesor de Septimio Severo, Caracalla. Como venía siendo tradicional desde los tiempos de Trajano, el emperador organizó primero una campaña contra Armenia, con malos resultados (215). Después, con el pretexto de que el rey parto Artabán V había rehusado concederle a su hija por esposa, le atacó, tomando *Arbelas*. Aunque las monedas recogieron su *Victoria Parthica*, Caracalla murió asesinado en Siria cuando estaba preparando una segunda campaña.

Su sucesor, Macrino, hasta el momento prefecto del pretorio, presente en el frente oriental, tuvo que hacer frente a la reacción parto. En torno a *Nisibis* se entablaron dos importantes batallas con suerte alterna, pues la primera fue favorable a los partos, mientras la segunda lo fue a los romanos, pese a lo cual Siria llegó a ser invadida. Ante el equilibrio de fuerzas se entabló un armisticio. Macrino, acuciado por la necesidad de solucionar los asuntos internos fue quien hizo mayores concesiones: pago de reparaciones y reconocimiento de mayor influencia parto sobre Armenia y el norte de Mesopotamia.

El peso que Oriente había adquirido en la política romana se puso claramente en evidencia muy poco después. La posibilidad de eliminar a Macrino del trono se canalizó a través de la rama siria de la dinastía de los Severos. Julia Maesa, hermana de la mujer de Septimio Severo y de la madre de Caracalla, Julia Domna, logró el reconocimiento de su nieto, Julio Avito Bassiano por parte del ejército. Hijo de Julia Soemias y Sexto Vario Marcelo, un senador originario de Apamea, Bassiano era, pese a ser un adolescente de 14 años, sacerdote del dios-sol *Elagabal* de Emesa (Homs), por lo que acabó siendo conocido con el nombre de *Heliogabalus*. La legión *III Gallica*, estacionada en Siria, lo proclamó emperador. El choque entre aquella y la *III Parthica*, que apoyaba a Macrino, en las proximidades de Antioquía, se saldó con la derrota y muerte de este último.



El corto gobierno de Heliogábalo no alteró la situación en Oriente, gracias sobre todo a que las dificultades internas del reino parto dieron tranquilidad a la zona. El asesinato del emperador no supuso un cambio dinástico. Su sucesor, Gessio Bassiano Alexiano, hijo de Julia Mamaea, adoptado por Heliogábalo, y que llegó a emperador con el nombre de Marco Aurelio Alejandro Severo, hubo de soportar un cambio radical en la situación de las provincias orientales. La dinastía parto de los Arsácidas había sido sustituida, tras una guerra civil, por la de los Sasánidas. El nuevo rey, Ardashir, reivindicaba la herencia de los persas aqueménidas e invadió Mesopotamia y Siria (230). Alejandro Severo tuvo que marchar a Oriente pues *Nisibis* estaba cercada, y afrontar una campaña (231-234) cuyo resultado nos resulta incierto, aunque parece que se mantuvo el control sobre el norte de Mesopotamia. Pero a partir de entonces, la iniciativa que durante los dos siglos anteriores había estado en manos romanas, cambió de signo.

En el 240 al rey Ardashir le sucedió su hijo Sapor I (240-272?), quien de nuevo abrió las hostilidades en el 242. *Osroene*, gobernada por una dinastía vasalla de Roma, fue atacada. El emperador romano Gordiano III (238-244), acompañado de su prefecto pretoriano Timesiteo, logró restablecer la situación en el plano militar, aunque se presentaron inesperados problemas políticos. Timesiteo murió durante la campaña y el nuevo prefecto, M. Julio Filippo, asesinó a Gordiano en el 244. El nuevo emperador concluyó un acuerdo desventajoso con Sapor antes de reírse a Roma: hubo pagar una indemnización económica (500.000 áureos) y aceptar la renuncia al protectorado romano sobre Armenia.

A partir de estos años la descomposición romana en Oriente, un aspecto más de la crisis general del Imperio, se generaliza. Aparecen dos usurpadores, uno en Capadocia, Jotapiano, pronto eliminado, y otro en Siria, Uranio Antonino, sacerdote de Afrodita en *Emesa*. A ello había que añadir la constante presión sasánida, que en el 251 se había apoderado de Armenia y entronizado una dinastía afín. Uranio había conseguido detener al año siguiente una primera ofensiva persa sobre el norte de Mesopotamia, pero en el 256 se perdía Dura Europos y después Sapor tomaba Antioquía. Los desastres obligaron al emperador Valeriano a marchar a Oriente. Antioquía fue reconquistada pero en las proximidades de *Edesa* los romanos fueron derrotados y el emperador capturado (260).

El vacío de poder en Oriente tuvo como reflejo inmediato una descomposición del poder central que condujo inmediatamente a usurpaciones y segregaciones. Mientras Sapor saqueaba Siria, Cilicia y Capadocia, los lugartenientes de Valeriano, el prefecto del pretorio Balista y el de la *annona* Macriano, rompieron con el sucesor en el imperio, Galieno, y nombraron a los hijos de Macriano, Junio Macriano y Junio Quieto, emperadores. En Egipto Musio Emiliano intentaba también hacerse con la púrpura imperial. Galieno pudo neutralizar estas rebeliones orientales con la excepción de la de Odenato de Palmira. Su éxito estuvo ligado a que formalmente actuó bajo la autoridad de Galieno, quien le nombró *dux* y *corrector totius Orientis*. Odenato consiguió contener a los persas, llegando hasta la misma Ctesifonte. Pero a su muerte (270), su esposa Zenobia y su hijo Vabalato iniciaron un peligroso movimiento de independencia. Éste se otorgó el título de *consul, dux romanorum et imperator* y se lanzó a un proceso de expansión territorial. Las tropas palmirenas ocuparon Egipto, Siria y casi toda Asia Menor.

En el 272 el emperador Aureliano decidió poner término a esta situación. Tras haber combatido en Siria, tomó Palmira, que ahora contaba con el apoyo persa, y apresó a sus gobernantes. Al año siguiente los palmirenos se rebelaron de nuevo, entronizando a un

tal Antioco, pariente de Zenobia. La rebelión se propagó a Egipto. Aureliano tuvo que regresar, aplastando duramente la rebelión.

Prueba de la evidente recuperación del poder romano en Oriente es el peso que vuelve a tener la zona en la política general. Tras Aureliano y Tácito, M. Aurelio Probo, en su calidad de *dux totius Orientis*, fue proclamado emperador por las tropas de Egipto y Siria (276), aunque habrá de vérselas con otro candidato, que al poco de su proclamación, intentará desde Siria hacerse con el poder (Julio Saturnino). Por otro lado, tanto Aureliano como Probo habían acariciado la idea de una revancha contra los persas. A la muerte de Probo, Aurelio Caro aceptó la púrpura imperial y asoció en calidad de Césares a sus hijos, Carino y Numeriano. Caro y su hijo Numeriano emprendieron la campaña de Oriente, que deparó grandes triunfos, con la reconquista de Mesopotamia, y la toma de Seleucia y Ctesifonte, en donde falleció Caro (283). La situación oriental había quedado finalmente estabilizada.

### Aspectos económicos

Nos hallamos, como es natural, ante un agricultura mediterránea. El trigo, como cultivo de secano, se adaptaba bien a las condiciones de muchas de sus regiones. También el olivo en las montañas y la vid en la zona de Damasco, Laodicea y Beritos. Pero el regadío y sus cultivos están presentes en muchas zonas. La irrigación era posible gracias a la utilización de sistemas como el *shaduf* o el tornillo de Arquímedes. Una gran importancia, en especial en las zonas interiores, cobró la ganadería, en unos casos estabulada (bóvidos o caballos), pero en una gran proporción del ganado menor trashumante.

Oriente ocupaba un lugar de privilegio en la economía romana por sus actividades industriales y comerciales. Así, Tiro –y en menor medida Sidón– era famosa desde tiempos fenicios por sus talleres de tintorería. No quedaban a atrás las producciones de vidrio, en las que Sidón se llevaba el primer lugar (vidrio sidonio), gracias a la invención del vidrio soplado. La metalurgia contaba con efamados centros, pese a carecer el país de minas: Sidón (bronce), Antioquía (oro y plata), Damasco, Jerusalén, Bostra, Beritos y Palmira (armas y objetos de todo tipo). Toda Siria estaba plagada de centros de producción cerámica, tanto común como de calidad (sigillata). Pero a las propias producciones hay que sumar los productos llegados de otras zonas. La posición estratégica, el número de ciudades y sus comunicaciones, hacían del Oriente romano un gran emporio comercial. De esta zona llegaban a todo el Imperio Romano la seda, las especias y aromas de la India, Arabia y África. Las vías de acceso eran los grandes centros de Palmira y Petra. El primero porque controla las rutas hacia Mesopotamia y, desde allí, hacia la India y Asia Central. El segundo porque recibía el comercio que llegaba desde el Mar Rojo procedente de Arabia, África y del medio y extremo Oriente. Los grandes puertos ofrecían barcos para las rutas mediterráneas a través de sus sociedades de armadores, mientras florecían sus grandes astilleros.

Toda la zona había tenido una tradición urbana ancestral. La monarquía helenística de los seleúcidas había añadido fundaciones que iban a introducir el concepto griego de *polis*, esto es, comunidades con ciudadanos, dotadas de una organización y unos privilegios, y que contaban con una urbanística occidental. No obstante, este proceso se circunscribió a la zona norte de Siria. Las cuatro más importantes (tetrápolis siria) eran Antioquía y Apamea junto al Orontes y Seleucia y Laodicea en la costa. Las ciudades del sur, es decir, las que se situaban en la zona fenicia y palestina alcanzaron el estatuto

de *poleis*, pero sin recibir colonos griegos o macedonios en número considerable, lo que no quiere decir que también buscaran orígenes mitológicos que las asociaran a un pasado griego. En este grupo destacaban Tiro, Sidón, Biblos, Beritos, Ascalón, Gaza o Rafia entre otras. Finalmente hay que mencionar las ciudades que formaban la llamada Decápolis, que pese a tener un poblamiento semítico pretendían un origen alejandrino. Las dos más importantes fueron, sin duda, Gerasa y Damasco.

Con esta situación, los emperadores romanos recuperaron la tradición, ya adoptada por los generales de la República, de fundar algunas ciudades. Por lo antedicho estaba claro que su esfuerzo se iba a canalizar hacia la zona meridional, aprovechando los licenciamientos de soldados. Estos serían los casos de Beritos que pasó en tiempos de Augusto a *Colonia Augusta Iulia Felix Berytus*, para la que llegaron contingentes de las legiones *V Macedonica* y *VIII Gallica*. También Ptolemais, transformada bajo Claudio en *Colonia Stabilis Germanica Felix Ptolemais*. En el siglo II d.C., las anexión de la Arabia nabatea provocó la concesión del estatuto de *polis* a Bostra y Petra. Pero en este esfuerzo de tiempos romanos tampoco debemos pasar por alto la política urbanizadora llevada adelante por los reyes clientes. En ello sobresalieron las fundaciones de Herodes el Grande, especialmente la de Caesarea Maritima. Había también bastantes colonias de veteranos cuya lengua oficial era el latín, en su mayor parte fundadas por Augusto; una de ellas, Berito, llegó a tener, incluso, una escuela de derecho romano. Pero en toda la zona de habla griega sólo había cuatro municipios latinos.

Cuando llegamos a la época de los Severos las ciudades de Oriente acabarán por adquirir una situación consolidada. Laodicea, Tiro, Antioquía, Emesa, Palmira, Cesarea, Sidón, Petra, Damasco, Dura y Bostra pasaban en estos momentos a ser colonias romanas.

Nuestro conocimiento material de estas ciudades es incompleto. Por lo que sabemos Antioquía, era un gran centro. Aunque a consecuencia de la campaña de Septimio Severo contra Nigro y debido al apoyo que la ciudad dio a éste, fue castigada con la pérdida de sus privilegios (194), no obstante, durante su estancia en el 200 en Siria, el emperador le devolvió la autonomía y fundó varios edificios públicos. Sus rasgos físicos eran los de una ciudad griega a la que Roma añadió alguna particularidad. Por ejemplo, se fundó un *Kaisareion* siguiendo el modelo de las basílicas romanas.

En muchas ciudades surgieron teatros, termas, templos, columnatas, acueductos, anfiteatros o circos. Los casos más espectaculares fueron los de Gerasa, Petra y Palmira. Esta última, desde principios del siglo I, fue ya un gran núcleo comercial en el desierto sirio, estrechamente vinculado a Roma. A ella llegaron importantes visitas de comandantes romanos desde el 17 d.C. y albergaba una guarnición con posterioridad a las campañas de Lucio Vero de 162-165. La ciudad, que conserva una calle mayor porticada de cerca de un kilómetro de larga, un gran templo de Bel, esculturas que a veces representan a mujeres casi completamente tapadas con velos y a veces a hombres o mujeres de ropajes ricamente adornados con joyas, es una de las más esplendorosas del mundo romano. Sus inscripciones en griego y en palmireno, dialecto arameo, atestiguan el carácter bifronte de la cultura local. Hubo unidades auxiliares palmirenas en el ejército romano y en algún momento de la primera mitad del siglo III la ciudad obtuvo la categoría de colonia. Septimio Severo concedió la ciudadanía romana a un destacado palmireno: Odenath, hijo de Hairan, hijo de Vahballath, hijo de Nasor. Fue su nieto Septimio Odenato, entonces senador romano y antiguo cónsul, quien hacia el 260 atacó a las tropas de Shapur y recibió a Galieno, si es que no lo tenía ya antes, el título

de “Restaurador (*corrector*) de todo Oriente”; otro título se dio, procedente de una tradición distinta: el de “Rey de Reyes”. A lo largo de los años siguientes, contribuyó a derrotar a Calisto y Macriano y, al parecer, dirigió dos campañas contra Shapur, llegando nada menos que hasta Ctesifonte, antes de morir en el 267 o el 268.

En Petra se empezó a edificar al modo griego en el siglo I a.C. y, a partir de entonces, hasta entrado el período romano, se excavan en la roca unas célebres tumbas cuyas fachadas imitan la imagen frontal de los templos locales. Los romanos canalizaron la corriente del Uadi, que cruza Petra, y lo encauzaron por un túnel; reconstruyeron la calle mayor adornándola de columnas a un nivel más alto y erigieron, también, el gran templo conocido como Qasr el-Bint, con su pórtico monumental.

Jerusalén seguía estando en ruinas casi toda ella sesenta años después de la destrucción del templo. A los judíos les estaba prohibido ir allí, pese a lo cual algunos volvieron. Cuando Adriano la visitó en 129-130, la población no contaba sino algunas casas. El emperador decidió reconstruirla para hacer de ella una colonia romana, *Aelia Capitolina*, con un templo a Júpiter Capitolino.

El yacimiento arqueológico de Dura-Europos, junto al Éufrates, que pasó a manos de Roma de resultas de las campañas contra los partos de Lucio Vero (162-165), nos informa sobre la difusión del cristianismo. Las excavaciones, realizadas entre las dos guerras, arrojan la luz sobre la vida de esta pequeña fundación helenística, de cultura híbrida de elementos griegos, arameos e iraníes, y que estuvo en contacto estrecho con Siria durante todo el siglo anterior al 165, fecha en que la ocuparon las tropas romanas. Aparte de los documentos militares latinos, el período romano de Dura (165-256) produjo papiros, pergaminos e inscripciones en griego (la inmensa mayoría), en pahlaví e iranio medio, en safáptico, palmireno, siríaco y arameo. Hay una pequeña sinagoga judía construida justo después de la ocupación romana y otra mucho mayor del 244-245, adornada con magníficos frescos de escenas bíblicas: el paso del mar Rojo, el Arca, el Templo de Salomón y Elías en el monte Carmelo. Hay también una capilla cristiana, construida en una habitación de una casa particular; más adelante, probablemente hacia el 230, toda la casa se arregló para usarla como iglesia. Los frescos de ésta representan, entre otras escenas, la curación del paralítico y a Cristo caminando sobre las aguas.

Filipo “el Árabe” era oriundo de una aldea de la Auranítide, al este del mar de Galilea. Siguiendo la tradición de los reyes y emperadores, construyó en su lugar una ciudad que llamó Filipópolis, a la que dio categoría de colonia romana. Nunca se han excavado exhaustivamente las ruinas de esta ciudad, que tiene una estructura rectangular irregular con calles principales porticadas, baños, templos y un teatro, así como un acueducto de unos 18 km. de largo. Atestigua así la permanencia de las antiguas tradiciones urbanísticas; como se trata del único caso de ciudad enteramente nueva, construida a mediados del siglo III.

Antes de partir para Oriente, Caracalla había hecho llamar y encarcelar al rey Abgar de Edesa, que, al parecer, era cristiano, lo cual, de ser cierto, lo convertiría en el primer monarca cristiano. En cualquier caso, lo indudable es que el cristianismo ya había echado raíces en Osroene a fines del siglo II; el primer escritor siríaco fue el gnóstico Bardesanes (o Bar Daisan), contemporáneo de Abgar. A otros aspectos de la cultura de Edesa responde el hermoso pavimento de mosaico de un edificio, posiblemente un palacio, próximo a la ciudad. Representa a siete personajes importantes vestidos con el

traje local -los hombres con pantalones largos bombachos, las mujeres con altos tocados- que a juzgar por sus nombres siríacos podrían ser la mujer de Abgar y la familia de ésta. Parece que la dinastía se extinguió hacia el 213; en 213-214, la ciudad de Edesa pasó a ser colonia romana.

### Aspectos sociales

Resulta difícil trazar un cuadro de detalle de las condiciones sociales teniendo en cuenta, sobre todo, las enormes diferencias entre las regiones orientales y los cambios producidos en el transcurso de los años. En las grandes ciudades existían grandes contrastes. Sabemos que, como en todo el Oriente Romano, las propiedades imperiales eran muy extensas, mientras en algunas zonas la propiedad pública se proyectaba sobre otros bienes, como las especies arbóreas (cedro, enebro, roble y abeto). Es posible que las tierras imperiales fueran, como ocurrió en otras partes, herencia de las vastas posesiones seleúcidas. Parte de esas tierras se habrían redistribuido entre los veteranos, favoreciendo una propiedad de tipo mediano o pequeño que tampoco se puede descartar existiera ya con anterioridad. También sabemos de la existencia de santuarios propietarios de tierras.

En las zonas rurales parecen dominar los grandes propietarios. En la *chora* de Antioquía, por ejemplo, la tierra era cultivada por pequeños arrendatarios o jornaleros (viñedo), pero de escasos ingresos, diseminados en pequeños pueblos. En otros distritos los propietarios eran los templos, que poseían tierras en propiedad y campesinos dependientes (*kátochoi*). Aquí figurarían los importantes santuarios del norte de Siria: Baetocaece (Apamea), Júpiter Dolicheno (Doliche) o Heliópolis (Baalbek). En las zonas más próximas al desierto, el sistema tribal estaba plenamente vigente y las actividades ganaderas o comerciantes dominaban en las zonas rurales. Quizá fue aquí donde la presencia romana alteró la situación tradicional. La custodia romana de la frontera desértica la protegió de los ataques de las tribus nómadas, favoreciendo la sedentarización de grupos y la aparición de ciudades. Esto es especialmente evidente en el sur de Palestina y Transjordania que ahora adaptan sus sistemas tribales: la antigua tribu pasó a ser una *filé*; el clan un *koinón*; el jeque un *próedros*, *pronoetés*, *strategós* o *éthnarches*. Los soldados veteranos, naturales muchos de estas zonas, tendieron a situarse en estos centros y formaban parte de la aristocracia de los pueblos. Por ejemplo, las cohortes de arqueros montados, reclutadas en Siria y llamadas *cohortes civium Romanorum*, se componían probablemente de descendientes de antiguos veteranos establecidos en distintos pueblos sirios.

Judea, Galilea y Samaria eran fundamentalmente un país de campesinos, en donde predominaba el rico propietario de tierras o de grandes rebaños de ovejas o cabras. Junto a él y sus campesinos, pequeños propietarios o artesanos.

### Religión y cultura

El Oriente romano presentaba una enorme riqueza religiosa. Entre sus dioses debe destacarse el culto de Emesa al dios *Elagabal* (“dios de la montaña”) en forma de aerolito. En Roma fue a su vez conocido por *Sol Invictus*. En la ciudad se le rendía culto por medio de una dinastía de reyes-sacerdotes. Su auge en el Imperio Romano vino de la mano de la Julia Domna, hija de del gran sacerdote, casada con Septimio Severo. El dios se fue difundiendo por occidente, sobre todo en medios militares, especialmente



desde el momento en que el sobrino-nieto de Septimio Severo, Heliogábalo, llegó en el 218 a emperador.

A partir de Augusto se estructuró el culto imperial. Siria y Arabia se subdividieron en distritos que bajo la jefatura de Antioquía, organizaban sus santuarios, sacerdotes y juegos en honor del emperador. Había a principios del s. II d.C. cuatro de estas *eparkías*: norte de Siria (Antioquía), sur de Siria (Damasco), Fenicia (Tiro) y Cilicia (Tarso). Hasta el momento no se les puede adscribir otro cometido, pero cabe la posibilidad de que, como ocurrió en otros casos similares, estos distritos se ocuparan de cuestiones judiciales, a modo de *koina* o *conventus*.

El mejor testimonio que tenemos sobre los acontecimientos que hubo en Siria en este período, está en relación con la biografía del obispo herético de Antioquía, Pablo de Samosata. Tras haber sido elegido obispo en el 260, sembró el escándalo entre los ortodoxos predicando la unidad de Dios y la condición meramente humana de Cristo. Un sínodo de obispos de Siria, Egipto y Asia Menor, reunido en Antioquía en el 264, consiguió que prometiera enmendar sus enseñanzas. No habiendo cumplido, en el 268, se reunieron en sínodo unos ochenta obispos en la misma ciudad; escucharon la alocución de un cristiano antiqueno que llevaba el nombre sirio de Malchion, y depusieron a Pablo. La *Historia eclesiástica*, de Eusebio, contiene extractos de la carta que el sínodo dirigió a los obispos de Roma y Alejandría, donde se narra cómo, nacido pobre, aquél había amasado una fortuna mediante el soborno, cómo se consideraba antes un *procurator* que un obispo, ofrecía espectáculos para impresionar a los feligreses, exigía que se le aclamara como en el teatro y que por Pascua se entonaran himnos en su honor. Por último, los obispos solicitaron de Aureliano que lograra su cese; éste dispuso en consecuencia que de la iglesia de Antioquía sólo formarían parte los que estuvieran de acuerdo con el obispo de Roma e Italia. Se ha formulado, sin pruebas concluyentes, la hipótesis de que Pablo era un protegido de Palmira. Este episodio tiene la enorme importancia de que en él pide la Iglesia, por primera vez al emperador, que intervenga en sus asuntos internos.

El uso de los nombres latinos se difundió con rapidez entre las clases superiores, principalmente a favor de la extensión de la ciudadanía, que requería la adopción del triple nombre latino, dando lugar, por lo común, a formas híbridas como, por ejemplo, Tiberio Claudio Hermócrates. También se podían adoptar nombres latinos sencillos aun sin recibir la ciudadanía; Simón el Cirineo, el que llevó la cruz, había dado a uno de sus hijos el nombre griego de Alejandro, y a otro el latino de Rufo (Marcos 15, 21). El conocimiento de la lengua latina estaba mucho menos difundido, aunque Claudio se propuso hacerlo obligatorio para todos los ciudadanos romanos. Pero hubo palabras latinas aisladas que alcanzaron amplio uso transliteradas al griego e incluso al hebreo.

La civilización griega, pese a la fascinación que ejercía, nunca dejó de ser en Oriente Próximo un elemento importado. Aunque estas lenguas no dieron lugar a una literatura propia, en Asia Menor datos aislados confirman la supervivencia de, por ejemplo, el celta en Galacia, el capadocio y el cilicio a lo largo de todo nuestro período; en Frigia se conocen unas 100 inscripciones, escritas en caracteres griegos y que datan del siglo III principalmente. En la Siria occidental, junto a la costa, todos los documentos conocidos están en griego, salvo unos cuantos latinos, pero diversos indicios revelen, sin duda alguna, que en el campo y en algunas ciudades, se hablaba también el arameo. El arameo y sus dialectos constituían la *lingua franca* de toda la región, desde allí hasta el norte de Arabia, por el sur, y por el este hasta el Tigris, y tenemos documentos no

griegos de Nabatea, Judea, Palmira, Dura del Eufrates y Edesa, lugares todos a los que alcanzó la dominación romana durante nuestro período. Como es sabido, florecieron durante éste las obras religiosas judías en arameo y hebreo. En siríaco, el dialecto arameo de Edesa, escrito en cursiva, el documento más antiguo data del año 6 d.C., y los más antiguos textos literarios, que son cristianos, de fines del siglo II.

El gran patriarca de principios del siglo III, Rabbi Juda ha-Nasi “el Príncipe”, dio forma definitiva a la Mishna, recopilación en hebreo, basada en las opiniones y debates de maestros antiguos, de normas relativas a la conducta personal, al sábado e incluso al ritual del templo, aunque este llevaba mucho tiempo destruido. Desempeño también el papel de una dinastía local, al frente de una importante extensión de propiedades agrarias, de una corte en que daba recepciones informales calcadas de las del emperador y de una administración de justicia en la cual gozaba de amplios poderes. Actuaba de intermediario con los gobernadores romanos, tenía en su casa a estudiantes que aprendían tanto el hebreo como el griego, y mantenía relaciones de amistad personal con un emperador llamado “antonino” por las fuentes talmúdicas, probablemente Caracalla (211-217).